

# LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO  
FUNDADOR, D. PEDRO MOTILBA

AÑO XI

BARCELONA 6 DE DICIEMBRE DE 1900

NÚM. 524

✻ DIRECTOR, J. F. Luján ✻



—¿Y merezco yo que él me abandone?

## Burlas y veras



BIERTAMENTE nadie extrañará que yo admire y elogie á Krüger, y menos aún que me parezca en extremo simpática la actitud del pueblo francés. El «viejo Krüger» trae á la vieja y gastada Europa un soplo de vida, que abrasa y enardece nuestra juventud, y que, con ser tan cálido, refrigera nuestro espíritu. ¡Honor á Krüger! ¡Honor á los héroes legendarios de la independencia! ¡Honor á los mantenedores de la libertad!

El jefe de la República transvaaliana ha defendido su derecho, las armas en la mano, como un soldado más, y al frente de sus soldados combatió, sosteniendo con bizarría de joven la defensa del territorio, y ahora, nó rendida, pero sí inclinada ante la superioridad numérica del invasor, viene á reñir contra sus enemigos la más osada y grande lucha. Si ha caído la hora triste para un pueblo honrado, laborioso y culto, quiere sin duda que sea cómplice del horrendo despojo, del nefando crimen, la civilización; y que en agravio de ésta, quede su protesta viril grabada con caracteres de oprobio (como lección á las venideras generaciones) en las indestructibles páginas de la historia.

¡Ay! nuestra civilización, civilización cobarde y decadente es: la heredamos llena de prejuicios insanos, de odios y orgullos, de intransigencias y fanatismos, de vasallajes y cobardías: está latente en ella el virus de la conquista y de la destrucción, que irrita para producirse los instintos salvajes de la bestia, por una ley de atavismo moral, en el alma del hombre; correspondíale á la América vindicar la derrota de Europa, en la marcha del progreso; y como hemos llevado á esa joven América, quizás prematuramente, nuestro vicio de origen, el Africa que debía sucederla, ha precipitado el desempeño de su papel en el teatro de los tiempos. ¿Servirá esta provocación de Europa para adelantar la victoria definitiva y el adelanto de la Raza, camino de la Justicia y del Bien?

No espero que sean de éxito inmediato las gestiones de Krüger: al frente de esa civilización nuestra tan decantada está la diplomacia; la fórmula hipócrita y ruin de las conveniencias sociales; la consagración del derecho por el hecho consumado, aunque éste caiga bajo los más vulgares artículos del código común; el miedo oficioso, el doble miedo á la amenaza del exterior y á la ruina del país. Si Krüger hubiera aniquilado á sus enemigos, habríale erigido la diplomacia un pedestal sobre sus hombros; estoy seguro de que sus primeras victorias las recibía con callado y caluroso regocijo, y que en el interior de los gabinetes donde se elabora la marcha oficial de los pueblos, se frotaban, cuantos les llevan á la muerte ó la vida, las manos con fruición. Krüger caído en desgracia, si desgracia es la suya, no tendrá más que el aplauso vehemente, el elogio delirante de las muchedumbres, el respeto, en fin, de las conciencias libres y la admiración de las almas que tienen los ojos vueltos á la luz pura, resplandeciente, de lo ideal.



MADRIGAL.

¡Qué idilios en tu cara escribiría  
si esa cara tan bella fuera mía!

\* \* \*

Pero, de todos modos, el triunfo de Krüger es indiscutible, la inmortalidad del pueblo boer segura: podrá consumarse el despojo, podrán perder su independencia las repúblicas sudafricanas: la humanidad habrá dado su sanción, no al más fuerte por las armas y por el número, sino al más fuerte por su derecho y por su virtud. La peregrinación de Krüger por Europa no es una peregrinación dolorosa, como han creído algunos: el viejo Krüger pisa la vieja Europa caminando entre rosas y laureles: él, que tiene fe en Dios, que adora en Dios, habrá visto que Dios no abandona á los puros de corazón, á los grandes de alma, como les ha prometido en la Biblia: la diplomacia, que se arroga todos los derechos humanos, descreída y escéptica, disputará en este pleito el derecho divino; pero la conciencia de la humanidad, revelándose conforme á los derechos de Dios, pesará eternamente sobre su conciencia de Tartufo, sobre su alma de Maquiavelo. Krüger dejará en su caída, si cae, un rastro de luz para los hombres de lo porvenir.

Krüger viene á defender ante la caduca Europa, que ha animado y sostenido hasta aquí el derecho de conquista, la reivindicación del derecho contra la fuerza: el derecho es el triunfo de la humanidad, del progreso, de la cultura .. ¡Juventud, alma noble, espíritu fuerte, conciencia honrada, aplaude á Krüger!

La guerra es execrable cuando se desata hostigando nuestros instintos salvajes, de bestia. ¡Jóvenes, no creáis á los que os dicen que la guerra es fatal é inevitable, y que todo en la naturaleza revela que de la destrucción surge y se mantiene la vida! Son falsas paradojas de filósofos trasnochados.

Pero la guerra es justa cuando se hace para defender la patria y la integridad del territorio; la patria es el hogar; el hogar es sagrado en todos los códigos legales, y legal su defensa, aunque se vea el ciudadano constreñido á repeler mortalmente la agresión, el allanamiento... La invasión del extranjero no es más que un allanamiento de morada, y por tanto, la guerra de los boers es justa, y Krüger no viene á Europa sino á pedir la sanción de este principio que han consignado en sus códigos todas las naciones civilizadas. ¿Qué conciencia no ha de repetir, no siendo conciencia fría, los aplausos que el pueblo francés, inspirado por sentimientos nobles, está prodigando á manos llenas en esta ocasión? Los hombres pasan; las ideas se suceden, modificándose, y el sentimiento de la justicia es el único que perdura á través de los tiempos y á despecho de las miserias humanas.

¡Honor á Krüger!

**J. F. Luján.**



En esta copa te brindo  
el veneno del querer:

es un veneno que mata  
si no se sabe beber.

## EL PREMIO GORDO

Pues, señor, es un castigo salir de casa estos días, porque en todas partes tienen una conversación misma. ¡Todos esperan este año que el *gordo* les caiga encima! Voy al café, y me lo sirven con ración de lotería, porque así se creen los mozos que he de darles más propina... ¡Pero hasta que no me *caiga* no paso de perra chica! Del gordo tan sólo me hablan si voy á alguna visita,

Pero donde más joroban es en esas barberías donde los dueños ofrecen fracciones de á pesetita; porque ellos, mientras afeitan, pensando en la lotería, creen tocar la guitarra en el rostro de la víctima.

\*\*

Hay eternos jugadores de la inmoral lotería que no compran un billete

si no les gustan las cifras. Unos desean que acabe como Silvela en política: ¡en cero!... Algunos desean que empiece en él y se obstinan buscando el bendito cero delante ó detrás... ¡Pamplinas! Quién quiere que empiece en uno, quién en dos, cifra bonita; que empiece en uno... ó en otro les sale la cuenta misma. Los treses, ochos y nueves los buscan las gentes místicas, por los trisagios, novenas y demás cosas divinas. Los sietes son patrimonio de mendigos y carlistas. Pero que empiecen ó acaben en una ó en otra cifra noten ustedes que acaban en un cien la mayoría.

\*\*

—Dígame usted, don Antonio,— me preguntó una vecina,— juega usted?

—De cuando en cuando juego al tute y á la brisca.

—¡Ay, qué gracia! Le pregunto si juega á la lotería.

—Sí, señora.

—Yo también.

Pero yo estoy segurísima de que entre en mi casa el *gordo*. ¡Muy pronto voy á ser rica!

—¡No lo jure usted!

—De fijo

me saldrá la lotería.

¿No le ha salido á usted nunca?

—¡Algunas veces, vecina!

—Pero poco, ¿verdad?

—¡Mucho!

—Pues no le es la suerte esquiva.

Yo juego un décimo sola.

—¿Sola?

—Ya ve usted. ¡Solita!

¿Quiere usted jugar conmigo?

—Con mucho gusto, vecina.

Voy á pasar á su casa para jugar en seguida.

—Pero ¿va usted á poner mucho?

—Pondré lo que usted me diga.

—Yo juego sin que lo sepa mi marido.

—¡Caspitina!

—El es poco jugador.

—En cambio, usted es muy bonita.

—Vaya, hasta luego, vecino.

—Paso á jugar en seguida.

—

¡Y todos hablan del gordo durante cinco ó seis días!

### BELLAS ARTES



EL TRIUNFO DE LA BELLEZA

A. SERRA CUBELLS.

## CASTIGO

## I

**S**i habéis amado con delirio á una mujer que no fuese madre ni hermana vuestra; si en esa mujer cifrabais toda esperanza de felicidad; si no erais dichosos sino donde esa mujer se hallaba, comprenderéis la intensidad del amor que Emilio sentía por Rosario.

Emilio, aquel joven alegre que no podía ver una moza sin «encandilársele los ojos», mira con indiferencia á las que se encuentran en el *aira*. Emilio, que en las parrandas y toda clase de diversiones era el primero en apoderarse de la guitarra y entonar coplas que *levantaban ampolla*, veíase ahora en un rincón, triste, con los codos apoyados en las rodillas y la cabeza entre ambas manos. Pensaba en *ella*.

Asustados todos de su tristeza, trataban de distraerlo.

Una rubia hermosísima paróse delante del joven, y, después de llamarle, único modo de hacerle fijar en ella la atención, díjole:

—Vaya, ahí tienes tu *valse* favorito.

—Déjame, Pepa.

—Pero, hombre, pareces un difunto... ¿De *verdá* que no bailas hoy?

—No; déjame.

—El demonio, harto de carne, se metió á *faire*. ¡Si hace tres meses me dicen que en el día de la fiesta no habías de bailar, lo creía menos que si me aseguraban que llovían *laudras*! ¡Emilio, hombre, baila conmigo!...

—Déjame, mujer; déjame y dispensa; no puedo, estoy malo.

—¡Pero de esa manera estás malo siempre! ¡Dichosa Rosario... que se te metió bien adentro!...

Emilio, al oír aquel nombre, levantó rápidamente la cabeza, preguntando con viveza suma:

—¿Está ahí?

—¿Quién, ¡loco!, quién? Aun no vino.

—Pues déjame, ¡déjame por Dios!

Dos hombres rasgueaban las guitarras, arrancando de los instrumentos notas alegres, retozonas: esas notas que, al sentirlas nuestro oído, parece que repercuten en el corazón y allí hacen un suave y dulce cosquilleo. Música enloquecedora á veces, á veces lúbrica; música tocada al *desgaire* y cuyas imperfecciones eran armonías entre los ruidos de la *ouchedumbre*.

—¡Unas panderas, unas panderas!—gritó alguien, saliendo al momento del *aira* varias mozas para regresar al instante con los instrumentos pedidos. Algunos hombres, tomando por suya la cocina, cogieron conchas de *vieira*. Y con las conchas, las panderas y el vino, que *corría* de un modo prodigioso, la algazara creció al punto.

Después de beber los *tocadores* y limpiarse los labios con la manga de su camisa, continuaron con más bríos el rasgueo.

¿Diré que lo que allí se tocaba era la muñeira? No, porque mentiría si así lo hiciese. El baile que nos legaron los celtas y que vivió en Galicia por espacio de muchos siglos, casi ha muerto. Hoy el voluptuoso *vals*, nacido á las orillas del Rhin, la cadenciosa y rítmica danza americana, con sus languideces de mujer soñadora, y la polca, de movimientos rápidos y acompasados, sustituyen al baile típico de nuestra región.

Tremenda algazara resonó en el *eirado* á la entrada de una moza que, confundida por tanta gritería, quedó sin moverse.

—¡Ya está aquí lo bueno!—decían unos.

—¡Hola, Rosario!

—¡Vaya, á bailar, morena!—dijo don José, el cacique del pueblo, acercándose á la joven.

—¿Con quién?

—Conmigo.

—¡Jesús! ¿Con usted?

—¿Y qué? Anda, tonta, anda.

Después de rodear don José con su brazo derecho la cintura de Rosario, estiró el otro, cogiendo con las puntas de sus dedos la mano de la joven, dieron algunas vueltas de vals y luego, jadeantes, rendidos, sentáronse.

De algo alegre debían hablar, porque la muchacha reía siempre, enseñando las perlas de su boca, y contestando á cada palabra de su acompañante:

—Vaya, vaya... ¡qué cosas tiene usted!

## II

Ya las gallinas que picoteaban en el corral habíanse recogido; los murciélagos empezaron á girar por el espacio como sombras movientes; dejó sentirse el canto desapacible de la cigarra y los mil ruidos, muchos apenas perceptibles,

EN EL LAGO DEL AMOR



—¡Varados!

que anuncian la noche, extendiéronse por las soledades del campo. Los árboles, las casas, los postes del telégrafo en la inmediata carretera, los carros que había en el *aira*, no eran más que medrosas sombras que destacaban en el cielo claro, ligeramente rojizo, que el sol dejaba al ocultarse, extendiendo por la «faz de la tierra» la incierta luz del crepúsculo.

Guardaron las mozas sus panderas; amontonáronse las conchas en un rincón; colocaron los *tocadores* bajo el brazo las guitarras, y, por el portal entreabierto, después de despedirse del amo, fueron saliendo todos, hombres y mujeres, constituyendo, ya fuera, amorosas parejas.

—No te olvides de aquello,—dijo don José á Rosario.

—Ya no, ya no,—contestó ésta, enviándole una mirada que quería asemejarse á una sonrisa.

Emilio, rabioso de celos, acercóse á la joven, y con voz entrecortada por el despecho, dijole:

—Mira, tú ¿te has propuesto matarme?

—¡Ja, ja...! No, hombre. ¿Qué te pasa?

—¿Te parece que, queriéndote como yo te quiero, puedo consentir que toda una tarde, y una tarde de fiesta como ésta, que para mí sólo fué de desesperación, otro hombre te hable...?

—Pues oye. Don José me pidió palabra de casamiento.

Emilio palideció visiblemente, y, temblando como un azogado, pareciendo vivir sólo en lo que Rosario contestase:

—Y tú ¿qué le respondiste?—preguntó.

—¿Qué te parece que le respondería?... Yo á ti te quiero, ya lo sabes... pero, hijo, don José es rico y tú no lo eres... ya ves... entre nosotros todo ha concluído.

Rugiendo de ira, con los ojos inflamados, que parecían querer saltársele de las órbitas, avanzando y retrocediendo un paso, indeciso en lo que haría, dijo Emilio en un tono exaltadísimo:

—¡Yo no sé cómo no te mato, no lo sé!

—¡Ja, ja...! ¡Matarme!...

—¿Y crees que no te ha de pesar casarte con ese hombre?

—No me pesará, no; yo te lo aseguro,—respondió con aterradora calma la mozueta.

Las nacientes hojas de los árboles, impelidas por la brisa, prorrumpieron en un sonido plañidero, que parecía un tenue lamento con que la Naturaleza acompañaba en su pena á aquel amor desventurado.



—¡Te amo, te adoro como un borrico!

—¡Vida, no importa, siendo tan rico!



—¡Ay, qué torpe y qué necia!  
Pues ¿el amor es esto?

¿Tener que hacerse el moño  
y destrenzarlo luego?

### III

Las campanas de la vetusta iglesia repicaban alegres una mañana de primavera.

Los campos estaban engalanados, cubiertos de verdor y flores. Las rojas amapolas, las blancas madreselvas, las manzanillas, las enredaderas silvestres y zarzamoras, despedían un perfume suavísimo que hería al momento el órgano del olfato de los transeuntes.

Hollandando la verde hierba, atraviesan los *carreiros* que conducen á la iglesia el lucido acompañamiento de una boda.

¿Quiénes eran los novios? Rosario y don José.

Al pasar junto á la iglesia los jornaleros que se dirigen al trabajo, páranse un poco y espe-

ran á que salgan los que se unen en el indisoluble lazo santificado por Cristo.

Pero aquel día se suspende la siembra, porque allá abajo distínguese un vivísimo resplandor que al cabo de pocos minutos toma mayor incremento, y lenguas agudas de fuego comienzan á desafiar á las nubes; espesas columnas de humo elévanse en el espacio, de entre las que se desprenden chispas amarillas como la *lluvia* de los fuegos artificiales.

El novio, pálido como un cadáver, dando el brazo á Rosario, «Es en nuestra casa», dice; y la comitiva, que saliera tan alegre, regresa taciturna.

Están cerca. Ya ven las negras pavesas del incendio; distinguen á los que luchan por extinguirlo; oyen los gritos de la multitud, y perciben los chasquidos de los leños y los pitidos de los maderos al recibir la impresión fría del agua.

\*  
\*  
\*

De aquella casa suntuosa sólo quedaron las paredes; los manjares dispuestos para el banquete, carbonizáronse al igual que todo; el lecho nupcial que esperaba á la perjura y su marido, mézclase con los escombros.

Y mientras aquel hombre rico veíase miserable, porque el incendio sólo le dejó algunos terrenos; y aquella mujer que con él se unió por interés lloraba desconsolada, Emilio, desesperado y casi loco, exclamaba con saña, gozándose en la desgracia de la que, perjura y todo, al fin quería:

—¡Trabaja, trabaja, infame!.. ¡Me dejaste por pobre!.. ¡Ahora también tú lo eres... y además desgraciada, porque me amas; sí, me amas. . y aunque sospeches quién haya sido, no delatarás al que prendió fuego en la morada de tu esposo!

FRANCISCO CAMBAL.



## BODAS REALES

Fragmento.

**P**UES un domingo por la tarde, volviendo de una placentera visita en Caballerizas, se corrieron doña Leandra y doña Cristeta hacia la Encarnación con ánimo de rezar; pero tuvo más fuerza en el ánimo de la camarista el apetito de golosinas que la devoción, y lo que hicieron fué comprar torrados y avellanas, y sentarse á roer y mascullar y escupir en los propios escalones de la iglesia, como dos chiquillas. A entrambas era muy grata aquella libertad, el perderse entre la multitud sin que nadie las conociera, y respirar el ambiente popular en que habían nacido. Con sus vestiditos de merino negro y su facha de honradas y limpias menestralas, creían desenvolverse mejor en el humano carnaval; y si doña Leandra se conceptuaba siempre palurda manchega, en medio del bullicio y galas de la Villa y Corte, doña Cristeta era una demócrata inconsciente, sin sospechar que pudiera existir incompatibilidad entre sus aficiones plebeyas y su intensísima fe monárquica.

«—¡Qué bien estamos aquí—dijo á su amiga,—y cómo me gusta que la tengan á una por nadie, y que no nos hagan ningún *rendibú!* Cuando una ha vivido años y años dentro de la etiqueta, gran suplicio, coge con más gana la libertad... y hasta se alegraría de ser pueblo, como quien dice.

—Pero los que se regostan á palacios—observó doña Leandra,—no se hallan en cabañas. Y á usted la tira tanto el señorío, que si no pudiera de vez en cuando meter la nariz en la casa grande y oler lo que allá guisan, se moriría de pena.»

Agregó doña Leandra que le interesaba el casamiento de Su Majestad, por las esperanzas que tenía de trasladarse á Peralvillo en cuanto aquél se celebrara, y pidió á su amiga informes veraces acerca del novio preferido, pues nadie como ella debía de estar al tanto, por la razón de su mete y saca en Reales cámaras y camarines.

«—Claro es que lo sé todo, amiga mía,—dijo Cristeta;—pero el hábito de la reserva, que fácilmente se adquiere en los palacios, como se aprende la fineza del oído, nos cierra la boca. Si usted quiere que yo abra la mía y le cuente las verdades que sé, ha de prometerme no repetir lo que me oiga, y guardarlo de todo el mundo, hasta de su propio marido.

—Bien puede tener confianza, Cristeta, que yo soy un pozo. A todo me ganarán otras; pero á callar no ha nacido quién me gane.

—Habrà usted oído hablar por ahí de Trápani, de Montemolín, de Aumale, de Coburgo...

—De sin fin de príncipes oigo hablar, que quieren que los casemos con nuestra Reina. Parece un cuento de niños. Y, la verdad, por lo que me dijo Lea, yo creí que el preferido era el de don Carlos.

—¡Patrañal! Los carlistas son tan cándidos que se creen las mentiras que ellos mismos echan á volar. Es un partido de hombres valientes, pero sin malicia. En cuanto á Trápani, si en



—¿Habrà entendido la señal? ¡Qué chasco si es torpe! ¡Después de haber despedido al otro!...



—Pero ¿cómo tienen las damas el mal gusto de montar á bicicleta? Fijense... ¡y á ver!

muletillas que ahora se usan para nombrar las cosas. ¿Sabe usted lo que es *La Puerta*? ¿Y el *Gabinete de las Tullerías*, sabe lo que es?... Pero no nos entretengamos en esto, y vamos al casamiento, que será conforme á la voluntad de Dios, y tendremos de Rey á un príncipe español, de quien puedo dar informes como no los dará nadie, pues estos brazos le han zarandeado de niño, y estas manos le han dado las sopitas más de tres y más de cuatro veces... y ¿quién sino yo le puso los primeros calzones?

—Ya sé de quién habla usted, Cristeta, pues ya me ha contado que sirvió á esa señora princesa, de cuyo nombre no me acuerdo, hermana de la Reina Madre, la cual fué esposa del don Francisco que vive en la calle de la Luna, y madre de unos principitos y princesas que no sé cómo se llaman, porque en todo esto de personas Reales estoy yo poco fuerte.

—Es la Infanta Carlota, mi señora, á quien serví desde que á España vino, la que tiene celebridad en todo el mundo por haberle dado á Calomarde la más tremenda bofetada que ha recibido cara de ministro.

—Ya recuerdo lo que usted me contó... Fué brava acción, poner patas arriba á un ministro del Rey, y no creo que se haya visto otra en Cortes de la Europa universal.

—Era un genio tan vivo la Infanta, que no podía ver injusticias y maldades sin correr á ponerles remedio. Su hermana era entonces una cuitada, y si no es por mi señora, le birlan aquellos culebrones la corona de su hija. ¡Ay qué doña Carlotal! Tan fácilmente se le remontaba la sangre á la cabeza por cualquier motivo, que teníamos que contenerla y amansarla: su prontitud nos asustaba, su resolución no admitía réplicas, y si no hubo discordias y altercados en la familia, fué porque mi señor don Francisco era y es tan bueno, que no ha conocido usted pedazo de pan que se le iguale. Murió la señora en mis brazos hace un año y nueve meses, y aun le llevo

un tiempo se pensó en él y lo apoyaba su hermana la Reina Cristina, ya está desechado. Es un pobre seminarista de tan poco meollo, que no sabe más que ayudar á misa, y eso mal. ¡Vaya un Rey consorte que nos querían traer! Aumale es muy guapo, muy galán; pero como hijo del Rey de Francia, no puede dar su mano á Isabel, porque las otras potencias son muy celosas entre sí, y si vieran á un francés en el trono español, no era cisco el que se armaba. Del Coburgo ¿qué quiere usted que le diga? Pertenece á una familia ducal de Alemania que se dedica á la cría de maridos de Reinas, y los proporciona y suministra de todos precios, bien educaditos. Los chicos ésos tienen mérito; pero que perdonen por Dios: la Reina de toda una España no es bien que á surtir-se vaya en ese mercado. Tampoco hacen camino los príncipes portugueses, por ser de una nación chica, que nos tiene comida toda la parte del occidente de nuestra Península, y además se hallan muy unidos á la enemiga de toda la cristiandad, que es la Inglaterra, esa puerca, ya lo sabe usted, á quien dan el mote de *la pérfida Albión*.

—He oído ese mote y otros: á la Francia la llaman *la Monarquía de Julio*. ¡Pártame un rayo si lo entiendo!

—Son maneras de decir de los periodistas. Hay que fijarse mucho para estar al tanto de las

UN RETO



—¡Vaya, pues que pase y veamos si es tan guapo como parece!



La mora tiene su *aquel*,  
¡quién me la diera la mora!...

ría Cristina daba de lado á mi señora y á los hijos de mi señora... cosa natural, ¿verdad? porque cada cual mira por lo suyo... A Carlota le decía yo: «Resígnese Vuestra Alteza y admita lo que llaman los políticos los hechos consumados. Cierta que la ventolera de Su Majestad por el buen mozo de Tarancón no está bien si la miramos por el lado Real, ó dígase divino, que cierta divinidad tiene el derecho de los Reyes; pero si miramos el caso por lo humano, pues el fuero de humanidad no puede negarse á las personas coronadas, ¿qué hay que decir? Joven es Cristina y hermosa como un sol, llena de salud y de vida, y tan lozana que no sería discreto negarle segundas nupcias. Y no me diga Vuestra Alteza que fué el demonio quien puso en su camino al don Fernando Muñoz, joven como ella, guapo y fuerte. Estas cosas no las hace el diablo, que todo ello es composición y concierto de las leyes que llaman naturales. Pues qué, ¿había de estar condenada una mujer como Cristina á recrearse con la memoria del feísimo y mal encarado Rey don Fernando, que santa gloria haya, y á tener toda su vida el pensamiento embebecido en el recuerdo de las narizotas de Su Majestad y de su Real cuerpo, que en vida dicen que estaba medio corrupto? Esto no podía ser. Pongámonos en lo juicioso y natural. Si doña Cristina gustaba de alegrar su juventud con un nuevo matrimonio, ¿qué remedio

luto, porque la quería, y ella por mí tuvo siempre debilidad. Fui yo la persona de su mayor confianza. Tan buena era conmigo, que me daba licencia para que la aconsejara y aun para que la reprendiera, y yo fui quizás la única persona que se atrevió á decirle: «Señora, es cosa muy fea que Vuestra Alteza se ponga de puntas con su hermana, y que una y otra se tiroteen con pullas y sarcasmos muy inconvenientes y muy impropios, aunque sean dichos en lengua italiana. ¡Vaya, que dos princesas, la una en el escalón más alto del trono, la otra en el segundo, tratarse como tales y cuales, siendo además hermanas, y habiendo nacido de Reyes, y en un Trono como el de las Dos Sicilias!...» Su mismo marido no se cuidaba de cortarle los velos, porque también él estaba muy quemado con Cristina y los Muñozes, que de ahí le venía la tos al gato, de los intrusos de Tarancón que nos revolvieron todo Palacio... Le cuento á usted, querida Leandra, estas menudencias para que las sepa y calle, pues no es bien que se divulguen, aunque, por arte del diablo, ya salieron en papeles de Francia y de España... Las dos hermanas se adoraban, y luego vinieron á ser el agua y el fuego, porque desde que se casó secretamente, doña Ma-

tenía más que tomar hombre, eligiendo el que cautivaba su alma? Dicen que por qué no eligió novio de más alta alcurnia. ¡Ay! El corazón no entiende de jerarquías, y una vez metida Su Majestad en lo morganático, ¿qué más daba que tuviese cuatro cuarteles ó que no tuviese ninguno? ¿De dónde arranca la nobleza más que de la voluntad de los Reyes? Pues desde el momento en que don Fernando se introducía en el corazón de la Reina, allí se encontraba todas las ejecutorias, grandezas y blasones, y podía libremente coger lo que más le agradase...» Esto le decía yo á mi señora para sosegarla; pero ¡ay de mí! no me hacía ningún caso, y á mis razones contestaba con las desvergüenzas de la murmuración corriente acerca de Muñoz. Que si el estanquero su padre, que si la tía Eusebia su madre, que si los hermanos, que si vino, que si fué, que si estuvo de mozo en una tienda para barrer el suelo y fregar el mostrador. Mentiras todo ello, y hablillas de la gente envidiosa, pues con mirar al marido de la Reina Madre y ver su figura, sus modales y elegancia, se ve que es de buena familia y que le han criado en finos pañales.

»Lo peor del caso, amiga querida,—prosiguió Cristeta, tomado aliento y limpiado el gaznate,—es que yo, con la mayor inocencia, fui la primera persona que supo en Palacio el devaneo de Cristina, y no sólo fui quien primero lo supo, sino algo más, Leandra, pues á mí me escogió la Providencia, ¡triste sino el mío! para que abriese la puerta por donde entró la flecha de Cupido que había de traspasar el corazón de la Reina. Yo llevé á Palacio á la modista Teresa Valcárcel, fundamento de todo este enredo; tras de la modista fué el guardia don Nicolás Franco, que la cortejaba, y con Franco se coló su amigote Muñoz, bien inocente de que la Reina, sólo con verle, se prendaría de él. De modo que aquí me tiene usted oficiando de *causa histórica*, porque si yo no hubiera llevado á la modista... saque la consecuencia... á estas horas la Historia de España llevaría en sus hojas cosas diferentes de las que lleva. Pues bien: cuando ocurrió lo de Quitapesares... ya se lo he contado á usted... la escena preparada por la Reina para vencer la gravísima dificul-

tad de romper el silencio de amor, y hablar... vamos, á cualquiera le doy yo este compromiso... pues quien primero tuvo en Palacio noticia de tal escena fui yo, por un guarda que vió pasear solos á la Reina y á don Fernando, y lo refirió á mi marido, que entonces era contador segundo de la Intendencia, y naturalmente, Nicolás me trajo el cuento... Yo, que siempre he mirado á la conciencia antes que á nada, me guardé muy bien guardado el secreto, hasta que empezaron á correr por Madrid y por Palacio rumores graves, malignos de toda malignidad, como que Muñoz paseaba en una berlina muy elegante y tenía casa puesta, lujosísima; que llevaba en la pechera y en la corbata alhajas pertenecientes al difunto Rey... qué sé yo... Lo de las alhajas lo dudo... yo no las vi, ni he conocido á nadie que las viera... Pero ¡ay! es tan malo el público... ¡Qué perro es el público ¿verdad? y cómo le gusta ver caídas las cosas más bellas, y pisotearlas si le dejan...! No le quiero decir lo volada que se puso mi señora. Finalmente, por las relaciones y amistades de mi marido supe que nuestro amigo don Marcos Aniano González y el señor don Miguel de Acevedo, pariente de mi Nicolás, andaban arreglando el negocio de casar á la Reina, y la casaron, sí, el día de los Santos Inocentes de aquel año de 1833, lo que no fué poco dificultoso, pues el Nuncio se lavó las manos, y un Obispo á quien



—Pero ustedes ¿qué dicen del *aquel* de la española?



—Mírame como tú quieras:  
de perfil, de frente, siempre  
he de parecerte bella.

trataron de catequizar dijo *fu...* Pero, en fin, hubo matrimonio, y la ley de Dios vino á santificar el caso, y á poner á nuestra Gobernadora en el punto de honradez que le correspondía. Cuando la Infanta lo supo, hubo de echar todos los registros para calmarla. «Pero repare Vuestra Alteza en que más que de vituperio es digna de alabanza la Reina, porque de otras hablan las historias que se divirtieron cuanto les dió la gana, guardando el desvarío debajo de siete capas, ó haciendo de él público alarde, con desvergüenza, y ésta empieza por mirar á Dios, por temerle y guarecerse dentro del Sacramento, para que nadie pueda poner en su fama el borrón más mínimo. Celebremos que ello vaya por los caminos cristianos.» Y viendo que éstas y otras razones no bastaban á moderarle el genio, se encalabrino el mío, que también lo tengo, sí, señora, cuando me apuran, y cegándome más de lo que el respeto consentía, me arranqué con la verdad y le dije: «Señora, no sea Vuestra Alteza tan gazmoña, que si Vuestra Alteza se encontrase en caso semejante al de su hermana, lo haría peor.»

»Creí que me mandaría salir de su presencia; pero no fué así. Apagados de repente por aquel súbito mío tan irreverente los fuegos de su enojo, masculló algunas palabras, echóse á reír y hablamos de otro asunto.»

B. PÉREZ GALDÓS.

---

## LA NOCHE

I

Del sol huyeron los resplandores,  
y del trabajo cesó el rumor.  
Duermen las aves: duermen las flores:  
duerme el rebaño: duerme el pastor.

—  
Muda la tierra reposa en calma;  
la luna esparce débil fulgor.  
¡Sólo suspira despierta el alma!  
¡Sólo entre sombras brilla el amor!

—  
No le intimida al alma  
la sombra fría.  
¡Si el amor brilla en calma  
siempre es de día!

—  
¡Detened, ruseñores,  
el dulce canto,  
que el silencio es de amores  
el himno santo!  
¡Y el corazón  
en silencio abre á Dios la plegaria  
de su pasión!

II

Si tiene el día las luces bellas  
del sol radiante y abrasador,  
la noche tiene blancas estrellas,  
¡ojos divinos que abre el Señor!

—  
Si tiene el día gozoso imperio  
de movimiento, vida y calor,  
la noche tiene calma y misterio,  
y obscuro espacio para el dolor.

—  
Cuando el cuerpo adormecen  
dulces beleños,  
las sombras nos ofrecen  
gratos ensueños.  
Imágenes fingidas  
entre ilusiones:  
¡esperanzas perdidas!...  
¡muertas pasiones!

—  
¡Dulce es soñar,  
cuando penas y engaños ofendan  
al despertar!

ELOY NORIEGA Y RUIZ.

BELLAS ARTES



LA LUCHA POR LA VIDA

## LA MUJER DE HIELO

**C**UANDO entré en el salón, voluptuoso por la luz que irradiaban los dorados mecheros á través de las multicolores pantallas cristalinas y que, macilenta y difusa, reflejábanse en las lunas de los biselados espejos, más el perfume tibio y acariciador del valor de las mujeres, las parejas danzaban al son melódico de un vals: de un vals melancólico, rítmico, de apagado acento, de acordes bellísimos y suaves armonías de esas que deleitan los espíritus enfermos y parecen acariciar á las almas bohemias; un vals indescriptible, de esos que no se sabe si desperezan ó aletargan, si alegran ó entristecen...

Lucrecia, mi Lucrecia, Lucrecia la insensible, mi mujer de hielo, descansando, indolente y perezosa, en un confidente de raso blanco, esperaba, intranquila, mi presencia en el baile.

Y al verme, una ráfaga de odio empañó sus ojos de turquesa con un velo sanguinolento é hizo contraer sus labios procaces con una mueca inexpresable de emperatriz ultrajada.

—¿Valsamos, barón?— dijo.

Y la preciosa carga de su cuerpo escultural é impecable, suspendida por los brazos vigorosos del apuesto barón, comenzó á girar vertiginosa entre la caótica confusión de danzantes, al son de aquel vals melancólico, rítmico, de apagado acento, cuyas armonías no se sabe si desperezan ó aletargan, si alegran ó entristecen.

Enmudeció la orquesta: las últimas notas vibrantes de sus bocas metálicas y las apasionadas, vehementes y acariciadoras de los violoncellos y violines fueron á extinguirse en los tapizados ángulos del salón; fueron sofocadas por la charla enardecida con el vino espumoso, con el divino néctar.

Lucrecia, mi Lucrecia insensible, ocupó segunda vez su asiento en el confidente de raso blanco como su traje de seda, blanco como su seno prepotente de diosa pagana.

—¿Me permites, hermosa?— la dije.

—Sentaos, vizconde; vuestra conversación me encanta.

—Vos siempre sois galante... y siempre sois irónica, Lucrecia. Mi amor es infinito. ¿Cómo olvidar pudisteis nuestras noches de orgía, nuestras pasadas horas de dichoso placer?

Y Lucrecia, la Lucrecia de hielo, al verme humillado, reía descocada mostrándome sus dientecitos, pequeños y mates, de lobezno: reía con los labios, reía con los ojos, reía con el alma...

La orquesta preludió un nuevo vals.

—¿Valsamos, barón?— dijo.

Y yo de pie, pensativo, frío, inmóvil, como petrificado, aun tuve fuerzas bastantes para ver suspendida y estrechada por unos brazos ajenos á aquella mujer, ilusión de mi vida, que se agitaba, como haciéndome burla, á compás de los acordes dulcísimos de un vals melancólico y brioso, ya triste, ya risueño, y cuyas melodías acarician y fustigan, postran y enardecen, deleitan y compungen, y no se sabe si desperezan ó aletargan, si alegran ó entristecen...

JOAQUÍN HERRAIZ.

---

## EUFROSINA

¡Ah! no es por mí por quien á casa vienen.—  
Antes que yo nació mi hermana. Algunos me ofrecen flores, mas yo sé que miran, haciéndolo, á mi hermana. Si celebran los atractivos de mi rostro, es siempre para decirla: «Se os parece mucho».—  
¡Ah! ¿Por qué tengo sólo doce abriles?  
—No hay para mí un amante que en sus dulces canciones me celebre, ó que se mate

porque le soy infiel.— ¡Pero yo espero!  
Vendrá la edad. Yo sé que soy hermosa; que son tesoros codiciados siempre una carita llena, unos cabellos finamente dorados, una boca que doble rauda de marfil alegre, y en unos ojos con ternura azules una pupila ardientemente negra.

ANDRÉS CHENIER.



# EL MÉDICO DE SU HONRA

## (Tradición de Cavite)

**H**oy á contar el caso con la rigidez y brevedad con que lo cuentan las historias de Filipinas, sin ponerle aderezo, sin darle carácter de leyenda, de novela, de tradición, de drama ni de tragedia, que de todo tiene, y abundante, con sólo referirlo sencillamente.

Por los años de 1624, Cavite era una población esencialmente militar y marítima, con tanta importancia entonces y más acaso que la misma capital, Manila, que á la sazón comenzaba su gran período de prosperidad, gracias al comercio con China y Coromandel.

De aquella época datan en Manila las cátedras del Colegio de Santo Tomás, erigido por los Padres Dominicos, y de aquélla, en Cavite, la fundación del convento de religiosos Recoletos y de su iglesia, dedicada á San Nicolás de Tolentino.

Era entonces Cavite punto de partida y de arribo de los gobernadores de Filipinas; era puerto de donde partían y á donde llegaban las grandes expediciones de América y de España, y hasta la misma boca del puerto avanzaban muchas veces las armadas enemigas en son de combate, siendo sus aguas teatro de sangrientas batallas con los piratas holandeses, que andaban por aquellos mares á caza de las *naos* de Acapulco.

Cavite, cuentan las tradiciones de la época, era una comarca de misterios y leyendas, y á ello daba origen la superstición de los indios y naturales del país, en ninguno tan desarrollada y viva.

Creían—y lo peor es que siguen creyendo—en toda suerte de visiones y fantasmas: en que las almas de los difuntos vuelven á casa al tercer día de su muerte; en que de cuando en cuando aparece el *Tigbalang* ó diablo familiar, unas veces en forma de caballo y otras en forma de vieja; en que los monstruos que en el fondo de la tierra guardan el oro, lo regalan á quien les ofrezca unos ojos de mujer recién arrancados de un cuerpo vivo; en que por la noche cabalgan por los aires caballos con alas y cruzan el espacio monstruos que vomitan fuego, con toda clase de cuentos y falacias que toman por verdades y que influyen poderosamente en los actos de su vida.

Y en verdad que no es muy de extrañar que así fueran aquellos indígenas, cuando persona tan seria y formal como un historiador de Filipinas, el Padre Fray Juan de la Concepción, dice, hablando del Cavite de aquel tiempo, que «dejábanse ver en el aire varios y horrendos espectros que daban terribles y formidables aullidos, y tomaban posesión de varios cuerpos que maltrataban de muchos y crueles modos; á unos inducían á furiosas locuras, y á otros causaban enfermedades muy penosa; á otros llevaban volando á los montes y los arrojaban desde lo alto». Y sigue diciendo: «Tan horrible persecución tenía fuera de juicio á todo el puerto... Representaba Cavite á una Ninive afligida».

Pero con todas esas visiones, misterios nocturnos y diablos sueltos, la comarca de Cavite era entonces, como sigue siendo, un sitio delicioso, de clima templado y saludable y en algunos lugares el mejor del Archipiélago.

A muy corta distancia de la ciudad hay un sitio llamado Tierra Alta, lugar por extremo deleitoso, donde hoy existen varias casas de recreo. En la época de que hablo sólo había una especie de granja, quinta ó casa de



A la mujer el gato se parece,  
al hombre, el perro, y así el perro vela

del ama el sueño, en tanto que el felino,  
indiferente y juguetero, enreda.

## La Saeta

campo, que pertenecía al gobierno de Manila, á donde algunas veces iban á buscar descanso los gobernadores ó sus familias.

Esta casa de Tierra Alta de Cavite fué teatro de un terrible drama. Y vamos á la historia.

El día 2 de Julio de 1618 llegaba á Cavite, nombrado para el gobierno de Filipinas, D. Alonso Fajardo y Tenza, señor de Espinardo, caballero de Murcia, del hábito de Alcántara y de los Altos Consejos del rey, haciendo su entrada solemne en Manila al día siguiente de su arribo.

Le acompañaba su esposa doña Catalina Zambrano, dama de peregrina hermosura y muy principal, de quien se cuenta que iba siempre muy gallardamente ataviada y que así lucía por el lujo de sus galas como por los primores de su belleza y también por lo agudo de su ingenio.

Del mando del gobernador Fajardo quedan muy buenos recuerdos en Filipinas. Era pundonoroso caballero, varón recto, militar valiente y hombre tan celoso de su honra, que por ello se vió en el duro trance del caso que voy refiriendo.

A los cuatro ó cinco años de estar en Manila doña Catalina, comenzó á sufrir grandes melancolías y á sentirse turbada por los efectos del clima excesivamente húmedo y cálido de las costas bajas. Esto hizo que pusiera sus aficiones en la casa de campo que tenían los gobernadores en Tierra Alta de Cavite, y gustábale ir allí á recrearse en las amenas soledades de aquellos sitios encantadores. Las ausencias de Manila se prolongaban á veces diez y quince días, y aun más tiempo. Allá vivía en aquel desierto sin miedo á brujas ni á diablos, acompañada sólo de una doncella, que fué su hermana de leche, y de un criado antiguo de su casa que tenía veneración por su ama.

La verdad es que la gobernadora no iba allí tanto para cuidar de su salud como para cuidar de unos amores que cautelosamente sostenía con un galán caballero, cuyo nombre calla la historia, pero de quien se dice que moraba en Cavite.

La intriga amorosa fué desarrollándose en secreto, sin que nadie por largo tiempo alcanzara á descubrir la menor traza. Reuníanse los amantes en la quinta de Tierra Alta, y allí, como si estuvieran fuera del mundo, seguros, descuidados, libres como pájaros en el seno de aquellas selvas misteriosas, se entregaban á la intimidad de su cariño y al encanto de sus amores.

Pero un día tiró de la manta uno de los diablos que por allí andaban sueltos, según el padre Juan de la Concepción, aun cuando es fama que no es por allí sólo donde andan sueltos, sino también por muchas otras partes. Hizo, pues, el diablo, que la cosa llegase á oídos del engañado esposo.

Una tarde, el gobernador don Alonso, acompañado de tres guardias, salió de Manila, y muy entrada ya la noche apareció en la casa de Tierra Alta, sorprendiendo á los pájaros en su nido.

Tuvo tiempo el amante de saltar por una ventana y escaparse, huyendo tan aceleradamente que no pudo echársele mano. Jamás se volvió á saber de él, ó por lo menos ha quedado totalmente desconocido para la historia.

La infeliz adúltera, anegada en llanto, pálida de terror, cayó de rodillas ante el ultrajado marido. No le hizo éste reconvencción alguna, ni le preguntó el nombre del amante ni le dirigió la palabra, ni la miró siquiera. Mudo, sereno, impassible, como si fuera de hierro, sólo volvió la cabeza y abrió los labios para ordenar á un guarda que fuese al próximo convento de Recoletos en busca de un religioso; y tan luego como éste llegó, mandóle el gobernador que confesara en el acto á *aquella mujer*.

Breve hubo de ser la confesión, terminada la cual, el buen



DOLORES MENDOZA

—¿Qué africana, no, lector?  
Si así fuera la africana,

religioso, bañado el rostro en llanto, se dirigió al gobernador pidiéndole que le autorizara para acompañar á aquella infeliz señora á un convento, pues que acababa de hacer voto de terminar en él sus días, entregada á la penitencia, al servicio de Dios y á los remordimientos de su falta.

De airada manera contestó don Alonso, diciéndole que ya allí había concluido su misión, terminada aquella para que fuera llamado.

Insistió el padre, y entonces el gobernador, con dureza en la voz y en el gesto, mandóle salir. No lo hizo así el fraile, que se postró ante él abrazándose á sus rodillas. Pugnó D. Alonso por desasirse, y viendo que no lo conseguía buenamente, hubo de apelar á la violencia, rechazándole con dureza.

Y así que estuvo libre, tiró de la daga que llevaba al cinto y la hundió en el seno de la infeliz esposa, que había sido mudo

testigo de la escena. Doña Catalina rodó cadáver por el suelo sin exhalar un gemido.

Enterrada fué la triste en el convento de Padres Recoletos, y no más tarde de seis meses después moría don Alonso Fajardo de pena y de duelo, siendo también enterrado en el mismo convento y junto á la sepultura de la que fué su esposa y su víctima.

Cuando la nueva del suceso llegó á Madrid, tuvo gran resonancia en los círculos de la sociedad y de la corte, donde eran muy familiares y conocidos los personajes de aquella lastimosa tragedia. Por largo tiempo no se habló de otra cosa.

Y á poco aparecía en la escena española, para quedar en ella eternamente, una admirable obra dramática del gran don Pedro Calderón de la Barca, titulada *El médico de su honra*.



¿no la dirías «serrana!»  
rendido y muerto de amor?

VÍCTOR BALAGUER.

# Miscelánea

Tenemos el gusto de advertir á nuestros lectores que la señora Heredera de Pedro Motilba, propietaria de este periódico, tiene á su cargo la corresponsalia de las siguientes publicaciones: *Heraldo de Madrid, El País, El Nacional, La Correspondencia de España, La Elegancia, La Lidia, La Caza Ilustrada, Miscelánea, El Tío Jindama, y Heraldos Taurino.*

Dirigirse al kiosco de la Rambla, número 3.

—¿Qué es isla?  
—Una porción de tierra rodeada por ingleses...

—La lectura picaresca es la que me gusta más,— me decía la otra noche mi buena amiga Pilar.—  
¡Las ideas atrevidas!...  
¡Los chistes con mucha sal!...  
¡Les debo muy buenos ratos al gran Zola y á Balzac!  
¡Las cosas que ellos nos dicen, con qué originalidad...!

Y entonces á Teresita se le antojó replicar:  
—¿Te gusta á ti lo que dicen? Pues, mira, á mí, la verdad, aquellas cosas que callan son las que me gustan más...

MORENO.

En la calle:  
—¿Quién es ese individuo á quien has saludado con tanto afecto? ¿Es pariente tuyo?  
—No; pero me toca muy de cerca.  
—¿Quién es?  
—Mi barbero.

## Charada

Un *todo* lleva su *todo* camino de la estación, y en ella lee este *dos prima*:  
«La muerte causa pavor».  
El hombre se pone triste, y en esta forma exclamó:  
—Si me *prima tres* un bicho... ¡no hay más que tener valor!  
Coge su *todo* aquel *todo* y al andén se dirigió.

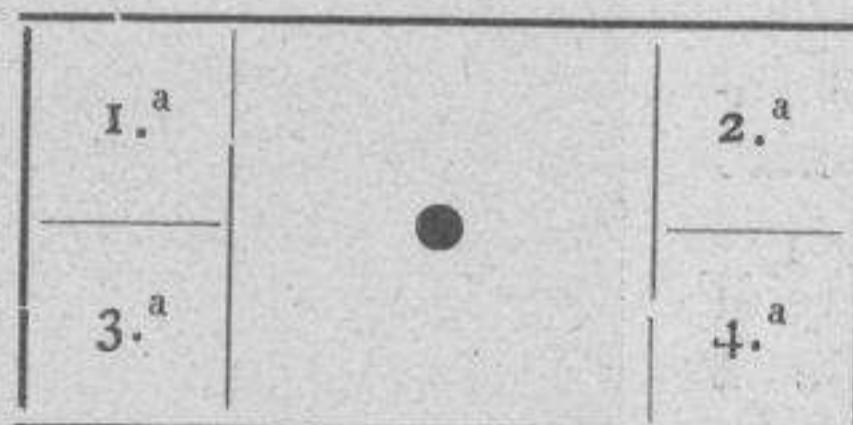
MORENO.

## Logogrifo numérico

1 2 3 4 5 6 7 8 9	Planta de adorno.
1 2 7 8 2 4 9 7	Sacerdote de Apolo.
1 9 3 2 5 3 8	Dios egipcio.
1 8 3 4 8 2	Discípulo de Cicerón.
1 8 4 2 6	Clavo sin cabeza.
1 2 4 9	Hierba.
7 5 3	Verbo.
6 2	Negación.
1	Consonante.

EL CONDE X.

## Salto de pulga



1. <sup>a</sup> , 2. <sup>a</sup> , 3. <sup>a</sup> , 4. <sup>a</sup>	.....	Golosina.
1. <sup>a</sup> , 3. <sup>a</sup> , 2. <sup>a</sup>	.....	Adjetivo.
2. <sup>a</sup> , 2. <sup>a</sup>	.....	»
4. <sup>a</sup> , 1. <sup>a</sup>	.....	»
1. <sup>a</sup> , 2. <sup>a</sup>	.....	Parte humana.
3. <sup>a</sup> , 1. <sup>a</sup>	.....	Tierra lejana.
1. <sup>a</sup>	.....	Consonante.
4. <sup>a</sup>	.....	Artículo.
3. <sup>a</sup>	.....	Pronombre.

CANDILEJA.



Inofensivo, suprime el Copáiba, la Cubeba y las inyecciones. Cura los flujos en

## 48 HORAS

Muy eficaz en las enfermedades de la vejiga; Cistitis del cuello, Catarro de la vejiga, Hematuria. Cada Cápsula lleva el nombre

PARIS, 8, rue Vivienne, y en las principales Farmacias.

**Tercio silábico**

\* \* \* \* \*  
 \* \* \* \* \*  
 \* \* \* \* \*

Cambiar las estrellas por letras, de forma que se pueda leer horizontal y verticalmente, los siguientes resultados: 1.<sup>a</sup>, embarcación; 2.<sup>a</sup>, viento; y 3.<sup>a</sup>, adjetivo.  
 K. MARÁ.

**Cruz**

\* \*  
 \* \*  
 \* \* \* \* \*  
 \* \* \* \* \*  
 \* \*  
 \* \*

Substituir estas estrellitas por letras que, leídas horizontal y verticalmente, resulte: 1.<sup>a</sup> línea, capital española; y 2.<sup>a</sup>, adjetivo.

MARI-PEPA ESPINOSA.

**Soluciones á lo insertado en el número 523**

CHARADA.—Mapa.

LOGOGRIFO NUMÉRICO.—Gumersinda.

JEROGLÍFICO COMPRIMIDO.—Para París parte Pepe Pardos.

ROMBO:

D  
 C O L  
 C A R A S  
 D O R O T E O  
 L A T I R  
 S E R  
 O

CRUZ:

C A  
 A L  
 C A M I L A  
 A L I C I A  
 L I  
 A A

TELEGRAMA.—La loca de la casa.—La de San Quintín.—El octavo no mentir.

**Correspondencia**

por **CLAK**

F. R. Z.—No puedo asegurarlo. Esas cosas son raras, y... de pronóstico reservado, como dicen los médicos. Usted dirá que ello puede tomarse como muletilla, y yo le respondo: Amigo, más vale que emplee para usted la muletilla que no la muleta.

T. S. E.—¿Nada menos que el cantar de los cantares? Veamos:

«Yo estaba inconsolable.  
 La burra del establo  
 de mi querida adorable,  
 tan tiesa como un San Pablo,  
 perseguida por un venablo,  
 me tenía en tortura imaginable.»

Además de irreverente, peca usted de estúpido. Además, ha equivocado usted el título, porque tendría usted

que haberse referido á los cantares del cantar, siquiera por reducirse su larga composición, que no copio para no fastidiar á los lectores, á coplas de Calafnos y aun diré que ni á coplas.

Teodosio.—¿Teo... teo... teologías á mi? Y menos mal que hubiera usted leído la *Summa*.

D. N.—¿Camará, qué bien *berrea* usted, digo, qué bien rebuzna!

«Los hombres no son más que fieras disfrazadas con la piel del perro; todavía no hemos pasado, pese á Krüger, de la edad en que los hombres no conocían otro instinto ni otra manera de saludarse que los del can: á mordiscos, fieramente, ó rastrotramente olfateando...»

Creo que para muestra y botón basta con lo copiado. Se puede defender á Krüger, y yo soy de los que le defienden y respetan; pero para ello no es preciso soltar todo el grueso de la voz como cuando los asnos señalan las doce.

D. L. P.—Me alegro mucho de que haya usted respirado. Muy bien, pero muy bien. Menos mal que lo hizo usted tarde y sin daño.

Z. Z.—¡Bravo, hombre! Lo publicaremos.

Magnius.—¿Querrá usted creer que no me ha convencido su épica? Decir que

«Toda Europa arde en sinsabores,  
 salen corriendo, cantando horrores  
 los hombres, las mujeres y los niños  
 al grito de los tambores  
 unido con sus cariños...»

es decir que le digan á usted que es un zote.

Petit Zorrilla.—Si usted mismo lo titula «Cualquier cosa», ¿qué he de hacer yo? Nada de lo de hoy es publicable y... puede usted seguir estudiando.

Lumilla.—No sirven. Tenga usted en cuenta que *RRegla* no se escribe así.

Q. K. Racha.—Vamos por partes. Si los acertijos son de usted, los verá publicados, porque demuestran ingenio; pero, amigo, hay algunas faltas de ortografía que me escaman.

M. O. N.—Usted podrá ser muy amigo de quien cita, pero... no es razón bastante para que le admita *eso*.

X. X. X.—Flojos, muy flojos esos pasatiempos.

Prohibida la reproducción de los originales de este número

**LA SAETA**

SEMANARIO ILUSTRADO

Toda la correspondencia  
 al Administrador D. ROMÁN GIL

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, BALMES, 86

**PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN**

España y Portugal, semestre. . . . . 6 pesetas.  
 Año. . . . . 11 »  
 Extranjero y Ultramar, un año. . . . . 17 »

Número corriente, 20 céntimos.

Número atrasado, 30 céntimos.

No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes —Pago adelantado.



# LA SAETA



20 céntes.

Núm. 525

# Novelas publicadas por el Administrador de "LA SAETA"

LA MUERTA VIVA ó EL SEPULCRO MISTERIOSO, por Leandro García Merino.

Forma esta interesantísima novela un voluminoso tomo de 492 páginas en 4.º, con magnífica cubierta al cromó y 20 preciosas láminas en color.—Precio, **4 pesetas**.

## Novelas ilustradas á 2 reales tomo

EL HIJO DE LA NIEVE ó LOS PERROS DEL MONTE DE SAN BERNARDO.

LÁZARO EL MUDO ó EL PASTOR DE FLORENCIA.

LA FUERZA DE LA CONCIENCIA.

LA EJECUCIÓN DE UN VERDUGO.

ENRIQUE DE LAGARDERE ó EL JOROBADO.

LOS HUÉRFANOS DEL PUENTE DE NUESTRA SEÑORA.

CORPUS DE SANGRE ó EXPIACIÓN.

LA CHOZA DE TOM ó EL MARTIRIO DE LOS NEGROS.

VALENTÍN EL GUARDACOSTAS ó UN CRIMEN MISTERIOSO.

LA ESPOSA MÁRTIR ó LA HERMANA DEL CARRETERO.

ZAZÁ, MIMÍ Y C.ª

EL TENORIO DE BELCHICHE.

ENTRE NIÑAS Y BRIGADIERES.

LULÚ.

## Biblioteca económica á 20 céntimos tomo

LA PLEGARIA DE AMOR.

LA HIJA DE LA MUERTA.

EL MÁRTIR DE SU CULPA.

CORAZÓN DE MADRE.

LA CARIDAD DE UN ÁNGEL.

ABANDONADA EN EL MUNDO.

CALVARIO DE AMOR.

MAL PADRE Y BUENA HIJA.

CORAZÓN EN LA MANO.

EL SUPPLICIO DE UNA MUJER.

EL PERDÓN DEL MARINO.

LÁGRIMAS DE HIELO.

EL REY DE IMERECIA.

EL CUENTO DE MARÍA.

PRESA DEL DIABLO.

ANDRAJOS Y DIAMANTES.

ENRIQUETA.

UN MOZO APROVECHADO ó LA ORFANDAD POR HERENCIA.

LA CRUZ DEL MONTE.

EQUIVOCACIÓN FATAL.

MUJER Y ÁNGEL.

FLORES DEL ALMA. (2.ª parte de «Mujer y ángel».)

EL RECUERDO DE GLORIA.

EL SUEÑO DEL ARTISTA.

POBREZA Y VIRTUD.

## Sección científico-recreativa á 20 céntimos tomo

Esta interesantísima Biblioteca la forman **cuarenta tomos** con cubierta y láminas al cromó, en los que, por series, se refieren, por el CAPITÁN WARTHON, en forma novelesca y amena, aventuras extraordinarias y viajes peligrosos por las cinco partes del mundo:

- Serie 1.ª TRES ESPAÑOLES EN AUSTRALIA (4 tomos).  
» 2.ª LOS NÁUFRAGOS DE «EL ELTHEN» (5 íd.)  
» 3.ª LOS HIJOS DEL MARINO CRAMMER (6 íd.)  
» 4.ª AVENTURAS DE UNA MUJER EN CALIFORNIA (6 íd.)  
» 5.ª LOS MISTERIOS DEL ÁFRICA (5 íd.)  
» 6.ª UN DRAMA EN UN GLOBO (4 íd.)  
» 7.ª LA VUELTA AL MUNDO EN BICICLETA (10 íd.)

## ACTUALIDADES

VIAJES AL PAÍS DE LOS BOERS, por el capitán holandés VON DE LA ROG.

Esta interesantísima obra, en la que se hace un acabado estudio del Transvaal, de su historia, usos y costumbres, y se sigue paso á paso la actual campaña anglo-boer, se publica por cuadernos de 32 páginas y profusión de grabados intercalados en el texto.

El precio de cada cuaderno es de **20 céntimos**.

Los pedidos de estas obras para provincias, al Administrador, **D. Román Gil, Balmes, 86.**

En Barcelona, Rambla del Centro, **Kiosco núm. 3, Heredera de P. Motilba.**

En Madrid: D. Gregorio Pueyo, Mesonero Romanos, 10, librería.—D. Antonio Ros, Victoria, 3, Centro de periódicos.